



VÍCTOR AMELA

RICA, RICA, 'KARAKIA'

¡Qué rico está *Karakia*! ¿Lo he dicho alguna vez? Supongo que sí, pero no está de más repetirlo. *Karakia* (33) demuestra que las cámaras de televisión pueden colarse en las cocinas para algo más que chismorrear o para una escena de telecomedia: en los fogones de *Karakia* vemos lo que cocinan en sus hogares catalanes personas llegadas de todos los rincones del planeta. Viendo pochar, marinar, hervir, freír, guisar, cocer, asar, saltear y sazonar toda suerte de condumios entiendes que hay tantas comidas como lenguas, religiones o culturas, y que todas prometen ser bocados apetitosos, nutritivos y sabrosos. Uno querría comerse todo lo que ve en *Karakia*, lo que sería una deliciosa manera de comerse el mundo entero, yendo por partes.

Cuando se habla de televisión cultural, suele pensarse en un programa de libros, pero unos buenos libritos de lomo y queso son también cultura. Y según qué cocidos son genuinas obras de arte por sus colores, texturas, olores y formas, una alquimia que transmuta la tierra en oro comestible. La olla transforma la naturaleza en civilización, y *Karakia* enseña que hay muchos modos de conseguirlo.

***Karakia* alimenta** la vista y alimenta el alma, porque muestra que la convivencia es posible, y que una mesa bien surtida la facilita. *Karakia* cuele la cámara con respeto y discreción en las cocinas más variopintas y fomenta la comunicación de culturas: es un programa de viajes sin moverte de casa, es un programa de televisión que instruye y que huele y que alimenta. "Somos lo que comemos", decía Pla, pero también somos lo que vemos, y que exista este programa nos ennoblece y dignifica, nos hace más cosmopolitas, viajados, comidos, cultos y sabios.